

por Diógenes Laercio, de cuya autenticidad no podemos dudar, á no ser que dudemos también de todos los fragmentos de obras análogas de los filósofos griegos ¹⁾. Las disposiciones contenidas en este documento, dan testimonio del cariñoso interés que Aristóteles sentía por los suyos, y de su gratitud hacia aquellos con quienes se consideraba obligado. Es también muy digna de nota, la designación de Antípatro como albacea testamentario. Las amistosas relaciones que entre éste y Aristóteles mediaron, están acreditadas además por una serie de cartas de que desgraciadamente sólo se han salvado escasos fragmentos, los cuales, por lo menos, muestran que era extraordinaria la intimidad que reinó entre el filósofo y el futuro dominador de Macedonia ²⁾.

¹⁾ Así, por ejemplo, A. Grant, *Aristoteles*, trad. de J. Imelmann, Berlín, 1878, p. 22, habla del «verdadero ó supuesto Testamento de Aristóteles», conviniendo, sin embargo, en que «si no es auténtico, está hábilmente inventado». Que estos Testamentos habían sido incluidos ya en la obra de Hermipo, resulta indudable; así como se verá perfectamente claro el valor que tenían para las generaciones siguientes, si se recuerda que en parte eran para las distintas escuelas los títulos de posesión.

²⁾ Véanse los pasajes en Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles*, p. 135.

CAPÍTULO XLVII

Obras de Aristóteles.

La diversa impresión que en nuestro ánimo producen Platon y Aristóteles, sólo en parte puede ser atribuída á la diferencia del punto de vista filosófico que cada uno de ellos ha adoptado. Al contraste entre la tendencia idealista del uno y la realista del otro, se agrega además otra diferencia de grandísimo interés: admiramos en Platon no sólo al filósofo profundo, sino también al autor de buen número de obras de sobresaliente mérito; mientras que Aristóteles, si bien aparece á nuestros ojos como un gran pensador que domina los ramos más diversos del saber, en cambio, como escritor que persigue fines puramente didácticos, no cuida en punto á la forma, sino de que la dicción sea la más apropiada al asunto.

De la desemejanza resultante del carácter enteramente distinto de las obras que de Platon y Aristóteles conocemos, ni sus contemporáneos, ni las generaciones siguientes, tuvieron idea bastante clara; sino que antes bien, pasó para ellos por completo inadvertida. A no ser así, no tendría explicación el hecho de que, á juicio de los críticos, Aristóteles ocupe el mismo lugar que Platon entre los escritores clásicos de Filosofía. Todos le tributan los más incondicionales elogios, y todos ensalzan con exceso la elegancia, la riqueza, el «río de oro» de su elocuencia.

Por muy favorable que sea el juicio que formemos del estilo de Aristóteles, tal y como se revela en las obras que se han conservado, difícilmente encontraremos justificadas semejantes alabanzas. Basta, sin embargo, para comprenderlas, considerar que las obras á que se refieren y en las cuales el juicio de la antigüedad está basado, ostentaban un carácter muy distinto del de las que hoy conocemos; pues mientras que las primeras, por su forma, no sólo resistían sino que provocaban una comparación con

los diálogos de Platon, las otras son producciones puramente didácticas que por su propia naturaleza quedan fuera de los dominios de la crítica artística. Aclárase hasta cierto punto esta diferencia, recordando los ya citados discursos acerca del Bien, pronunciados por Platon. Supongamos que en lugar de los diálogos sólo se hubiesen conservado los apuntes tomados por varios de sus discípulos, y, como demostraremos más adelante, hubiera sucedido con Platon lo que, si bien sólo en muy contados casos, ha acontecido con Aristóteles.

Mas no hay que pensar que este hecho sea debido á mera casualidad; lejos de ello, es fácil determinar la razón de que en cierta época las obras de Aristóteles hasta entonces generalmente conocidas, fueran pospuestas y aun eclipsadas por otras; pues que esta razón se halla íntimamente relacionada con el rápido vuelo que tomó desde el principio de nuestra Era el estudio de la filosofía aristotélica, después de haber estado desatendido largo tiempo. Ahora bien: si este desarrollo fué en parte ocasionado, ó á lo menos favorecido por una causa puramente externa, como la publicación de obras hasta entonces desconocidas, es cuestión que sólo puede resolverse estudiando con esmero las noticias que se conservan acerca de las vicisitudes por que han pasado los trabajos de Aristóteles. Pero aparte esto, hay otras causas que hacen necesario el comenzar por este estudio, y exponer á guisa de introducción y lo más brevemente posible, la historia de las producciones aristotélicas. Con esto tendremos también ocasión de discutir varios puntos de interés, para poder apreciar las diferencias que existen entre los varios géneros en que dichas obras pueden dividirse.

El testimonio más antiguo respecto de las obras de Aristóteles, está en la enumeración de las que existían en las bibliotecas de Alejandría unos cien años después de la muerte del autor; pues que este Catálogo, cuyo conocimiento debemos á Diógenes Laercio, fué indudablemente formado por Hermipo de Esmirna, continuador de los trabajos bibliográficos de Calímaco. Cítanse en dicho Catálogo 146 obras, que en conjunto constaban de unos 400 rollos ¹⁾. Este número, ya de por sí considerable, hubo de

¹⁾ Diógenes Laercio, 5, 22 y ss. Al final del 34, dice: δὴλον ἐν τῶν προγεγραμμένων συγγραμμάτων, ἃ τὸν ἀριθμὸν ἐγγύς ἔχει τῶν τετρακοσίων, τὰ ὅσα γε ἀμφιλέκτα. La concordancia de este dato con el del Catálogo antes publicado por

aumentarse en más del doble en los dos siglos siguientes, si es verdad que Andrónico de Rodas, undécimo sucesor de Aristóteles, y el cual vivió hacia la mitad del siglo I, a. Chr., calculaba nada menos que en mil libros—palabra con la que evidentemente debe entenderse rollos—los escritos aristotélicos ¹⁾.

Aunque esta diferencia es por extremo considerable, no merecería gran atención, dada la inseguridad de los datos bibliográficos de posteriores épocas que nos han sido transmitidos, si una serie de circunstancias no pareciese darle interés excepcional. Es la primera, el hecho de citarse en su abono la autoridad de Andrónico, en la cual descansa realmente la importancia de este testimonio, porque por más de un concepto tiene Andrónico contraídos méritos especiales para con Aristóteles. Si la antigüedad, como afirma un comentarista posterior ²⁾, le elogió como diligente crítico y descubridor de las obras del Estagirita, debiólo á lo que cuentan Plutarco y Estrabon, este último contemporáneo suyo, pero más joven que él ³⁾: según éstos, después de la muerte de Teofrasto, sus manuscritos y los de Aristóteles pasaron por herencia á poder de un cierto Neleo, natural de Scepsis, supuesto hijo de un socrático llamado Corisco ⁴⁾, el cual los llevó á su patria. Para resguardar este tesoro del poco escrupuloso celo coleccionador de los Atálidas, ocultáronlo en un sótano los herederos

Menage, συνέγραφε βιβλία ἐγγύς υ', basta para admitir el común origen de ambas listas, no obstante ciertas diferencias que se advierten, sobre todo en el orden de los títulos.

¹⁾ David, *Comm. in Arist. Cat.*, p. 24, a, 18: τῶν Ἀριστοτελικῶν συγγραμμάτων χιλίων ὄντων τὸν ἀριθμὸν, ὡς Ἀνδρόνικος παραδίδωσιν ὁ τοῦτου ἐνδέκατος λενόμενος διαδόχος. En el pasaje p. 22, a, 11: τῶν Ἀριστοτελικῶν συγγραμμάτων πολλῶν ὄντων, χιλίων τὸν ἀριθμὸν, ὡς φησι Πτολεμαῖος ὁ Φιλάδελφος ἀναγραφὴν αὐτῶν ποιησάμενος καὶ τὸν βίον αὐτοῦ καὶ τὴν διάθεσιν, incurre evidentemente en error al nombrar á Ptolomeo Filadelfo en lugar del autor de una obra sobre Aristóteles, que debió florecer según todas las probabilidades en el siglo II de la Era cristiana. El Catálogo hecho por él, se ha conservado en lengua árabe.

²⁾ Boetius, *In Aristoteles de interpr.*, 2, p. 284, en Brandis, p. 97, a, 27: *Quem cum exactum diligentemque Aristotelis librorum et iudicem et repertorem iudicavit antiquitas.*

³⁾ Estrabon, 13, p. 608, Plutarco, *Vita Sullae*, c. 36.

⁴⁾ El nombre de Κορισκός designa frecuentemente en las obras de Aristóteles una persona agradable. Dicho se está que el padre del heredero de Teofrasto, muerto á lo sumo el año 288, a. Chr., no pudo ser de los primeros discípulos de Sócrates, aun cuando aquel Κορισκός de quien habla Estobeo, *Florilegio*, 7, 53, es designado como εὖ μάλα γέροντων.

de Neleo. Maltratados allí tan preciosos manuscritos por la humedad y la polilla, pasaron más tarde á poder del rico bibliófilo y entusiasta admirador de Aristóteles, Apelicon de Teos ¹); y juntamente con la biblioteca de este último, fueron trasladados á Roma después de la conquista de Atenas por Sila. Un ensayo de publicación de estos manuscritos hecho por el mismo Apelicon, no tuvo éxito, por carecer el editor de los conocimientos necesarios para llevar á cabo tamaña empresa, la cual realizó al fin Andrónico de Rodas, con el concurso del gramático Tiranion, el célebre amigo de Ciceron.

Aun cuando estas noticias, á las cuales, sin motivo, han querido algunos negar todo crédito, dejan mucho que desear en punto á exactitud y agudeza, no es posible tenerlas por destituídas de todo fundamento. Por lo demás, como el mismo Estrabon observa en un pasaje de que luego hablaremos más detenidamente, no se trata aquí de una Colección completa de las obras de Aristóteles; pues no sólo demuestra ya lo contrario el ya citado Catálogo, sino que al propio tiempo confirma el dicho de Estrabon y de Plutarco, dado que aquella Colección contiene muchas obras que en éste no se citan. Y si bien es posible que algunas de ellas hubiesen sido incluídas en él con distinto título, esta posibilidad sólo puede ser aplicable á algún que otro caso, y carece por lo tanto de la virtualidad y fuerza necesarias. Hay que observar además, que respecto de algunos escritos que indudablemente deben ser contados entre los más importantes de Aristóteles, parece no hay indicio alguno seguro, no ya de que existieran, sino ni de que fueran muy conocidos ó de fácil adquisición en los tiempos anteriores á Andrónico ²).

¹) Véase el cap. XLVI, nota 1 de la pág. 213 del presente tomo.

²) No es ciertamente este, el lugar oportuno para penetrar más en el fondo de semejante cuestión: con tanto más motivo cuanto que de una parte un *argumentum a silentio* es necesariamente aventurado, y de otra la solución es siempre dudosa donde, como en el caso presente, se trata de opiniones determinadas cuya fuente no se cita. Enfrente de las hábiles disquisiciones de Zeller, *Ueber die Benützung der aristotelischen Metaphysik in den Schriften der älteren Peripatetiker*, Berlín, 1877, podría alegarse sólo la consideración de que, por lo que toca á Teofrasto, su conocimiento de las obras de Aristóteles se explica ya por el hecho de haberlas heredado. De la misma suerte, la correspondencia entre Eudemo y Teofrasto que menciona Simplicio, *In Arist. physica*, 6, fol. 216, confirma la hipótesis de que el primero debió poseer el texto auténtico, cuando por otra parte sólo existían copias más ó menos fieles.

En vista de lo expuesto, pudiera muy bien plantearse la cuestión, que en mi concepto no puede resolverse con perfecta seguridad, de si Andrónico editó ó no por primera vez un número más ó menos considerable de los trabajos de Aristóteles. Mas aunque se pretenda poner en tela de juicio su gloria como descubridor y propagandista de obras, hasta aquel tiempo ignoradas ó muy poco conocidas, del fundador de la escuela peripatética, será siempre importantísima la parte que tuvo en la Colección que se ha conservado de los escritos aristotélicos.

Con mucha más precisión que Plutarco, el cual únicamente habla de que los títulos que las producciones de Aristóteles llevaban en su tiempo, se debían á Andrónico ¹), se expresa respecto de este punto un erudito escritor posterior. Para justificar el orden, algún tanto arbitrario, que siguió en la publicación de las obras de su maestro Plotino, invoca Porfirio el precedente de Andrónico ²); y si bien habla además de *pragmateias* ³), en que Andrónico dividió las obras de Aristóteles, es evidente que por esta palabra sólo puede entenderse los grupos en que éstas nos han sido transmitidas.

Hasta qué extremo llegó en este punto la influencia de Andrónico, infiérese de algunas indicaciones que encontramos dispersas en los comentaristas posteriores. Así, por ejemplo, el más ilustre de ellos, Alejandro de Afrodísia, que vivió hacia la primera mitad del siglo segundo después de Jesucristo, manifiesta la fundada duda de si el final del libro tercero y el libro cuarto de la *Meteorología*, ocupan realmente el lugar que les corresponde; ó si por el contrario debieran más bien ir unidos á los libros *Sobre la generación* y *Sobre la destrucción*, que, en la serie de las obras, les preceden inmediatamente ⁴). Una prueba más clara todavía, ofre-

¹) *Loc. cit.*: τὸν Ῥόδιον Ἀνδρόνικον εὐπορήσαντα τῶν ἀντιγράφων εἰς μέσον δεῖναι καὶ ἀναγράψαι τοὺς νῦν φερομένους πίνακας. Por la palabra πίνακες sólo puede entenderse enumeraciones de los títulos de las diversas obras llamadas también σίλλυβοι, y en latín *Indices* (véase Ciceron, *Ep. ad Att.*, 4, 4), pero de ninguna manera verdaderos catálogos.

²) *Vita Plotini*, c. 24: μιμησάμενος δ' Ἀπολλόδορον τὸν Ἀθηναῖον καὶ Ἀνδρόνικον τὸν περιπατητικόν, ὃν ὁ μὲν Ἐπιχάρμον τὸν κωμωδιογράφον εἰς δέκα τόμους φέρων συνήγαγεν, ὁ δὲ τὰ Ἀριστοτέλους καὶ Θεοφράστου εἰς πραγματείας διέλιξε τὰς οἰκείας ὑποθέσεις εἰς ταῦτ' ὅσον συναγαγὼν.

³) Evidentemente esta denominación está tomada del mismo Aristóteles, el cual llama así á menudo á determinadas partes de la Filosofía.

⁴) Alejandro de Afrodísia, *In Arist. meteor.*, t. 2, p. 167 de Ideler: τὸ τέταρτον

ce el conjunto de trabajos designados con el nombre de *Metafísica*. Si este título procede de Andrónico, como parece inferirse de lo que dice Plutarco ¹⁾, basta por sí solo para darnos á conocer con suficiente claridad, el procedimiento seguido por aquél; el cual, por otra parte, como revela la forma misma que dió á la obra, era perfectamente arbitrario. En este terreno, pues, debe también llamarse la atención sobre cuán grande sería la importancia, no sólo de la doctrina peripatética en general, sino también del sistema establecido para su enseñanza por Andrónico, cuando ha sido universalmente admitido, y se ha conservado hasta hoy un título adoptado por razones puramente extrínsecas, en lugar del que el mismo Aristóteles escogió para aquella parte de la Filosofía.

Respecto al fin que Andrónico se propusiera, apenas puede quedarnos duda alguna después de lo que hasta aquí llevamos dicho. Desde luego hay que excluir la idea de que quisiera formar una Colección de todas las obras de Aristóteles, á la manera de la que cincuenta años más tarde formó Trasilo con los escritos de Demócrito y Platon. Prescindiendo de la cuestión de si esta empresa hubiera podido ó no ser realizable, sus aspiraciones fueron mucho más modestas. Como el fin que Andrónico perseguía, era exclusivamente filosófico, se explica que no le inspirasen verdadero interés, más que las obras en que las ideas de Aristóteles hallaron interpretación más perfecta: esto es, las producciones rigurosamente científicas ó las que pueden ser calificadas de didác-

ἐπιγραφόμενον τῶν Ἀριστοτέλους μετεωρολογίων ἐστὶ μὲν Ἀριστοτέλους, οὐ μὴν τῆς γε μετεωρολογικῆς πραγματείας· οὐ γὰρ ἐκείνης οἰκεία τὰ ἐν αὐτῷ λεγόμενα, μᾶλλον δὲ, ὅσον ἐπὶ τοῖς λεγομένοις, ἢν ἂν ἐπιόμενον τοῖς περὶ γενέσεως καὶ φθορᾶς. El mismo, *Quaest. natur.*, 3, 14: ἐν τούτῳ τῷ ἐπιγραφόμενῳ μὲν τετάρτῳ μετεωρολογικῶν, ὄντι δὲ μᾶλλον οἰκείῳ τῇ περὶ γενέσεως καὶ φθορᾶς πραγματείᾳ. Véase Olimpiodoro, *In Arist. meteor.*, p. 133 de Ideler, y Teodoro Metochita en el comienzo de su paráfrasis al libro IV.

¹⁾ Debe notarse que Plutarco es el primer escritor en quien hallamos este título. Véase *Vita Alex.*, c. 7. Ofrece un ejemplo anterior, Nicolás de Damasco que floreció en la época de Augusto, y cuya *Ἱστορία τῶν Ἀριστοτέλους μετὰ τὰ φυσικά* fué citada por el escoliasta de la *Metafísica* de Teofrasto, p. 323 de la edición de Brandis. Bajo este título, no hay que entender escrito alguno especial así denominado, sino una parte de la obra que consagró á exponer sistemáticamente la filosofía de los peripatéticos, en la cual, según parece, había seguido la clasificación de Andrónico, de que verosimilmente trataba también la obra de Adrasto περὶ τῆς τάξεως τῶν Ἀριστοτέλους συγγραμμάτων.

licas. Ahora bien: cuan de lleno consiguió esta Colección el fin á que iba encaminada, lo acredita en primer término el hecho de haberse perdido casi todos los demás escritos de Aristóteles, especialmente aquellos que durante largo tiempo habían difundido el conocimiento de la doctrina peripatética.

Respecto de las grandes diferencias que en punto á la clasificación de las producciones aristotélicas se han dibujado, no escasean ciertamente las pruebas, y el orden mismo seguido en el citado Catálogo, nos sugiere ya una sobrado importante. Estrabon, por otro lado, atribuye la decadencia de los estudios en las escuelas peripatéticas, al desconocimiento de las obras dadas á luz por Andrónico, y designa con el nombre de exotéricas la mayoría de las entonces conocidas ¹⁾. Con más claridad aun se expresa Ciceron, cuando para refutar el dicho de que Aristóteles no siempre está de acuerdo consigo mismo, recuerda que tanto éste como Teofrasto, dieron á luz dos clases de obras: unas de vulgarización y al alcance de todas las inteligencias, las cuales se denominaban exotéricas, y otras en que trataban los asuntos con más precisión y rigorismo científico y en forma menos literaria ²⁾.

Ahora bien: ¿es exacto que, como Ciceron afirma apoyándose evidentemente en la autoridad de otro escritor, el mismo Aristóteles designó con el nombre de exotéricas algunas de sus producciones? Difícil sería probarlo con los pasajes que conocemos, en que emplea Aristóteles esta expresión. La tentativa hecha por un distinguido investigador, de hacer ver en los lugares en que Aristóteles cita discursos exotéricos, otras tantas referencias á obras dialogadas, puede considerarse como fracasada ³⁾. Ni semejante explicación es aplicable á todos los pasajes, ni concuerda con el uso enteramente análogo que de la frase «discursos exotéricos» se hace en dos distintos fragmentos de un escrito indudablemente de

¹⁾ *Loc. cit.*, se dice: συνέβη δὲ τοῖς ἐκ τῶν περιπάτων τοῖς μὲν πάλαι τοῖς μετὰ Θεόφραστον, ὅλως οὐκ ἔχουσι τὰ βιβλία, πλὴν ὀλίγων, καὶ μάλιστα τῶν ἐξωτερικῶν, μηδὲν ἔχειν φιλοσοφεῖν πραγματικῶς, ἀλλὰ δέσεις ληκυθίζειν.

²⁾ *De finibus*, 5, 5, 12: *De summo autem bono, quia duo genera librorum sunt, unum populariter scriptum, quod exotericum appellabant; alterum limatius, quod in commentariis reliquerunt, non semper idem dicere videntur, nec in summa tamen ipsa aut varietas est ulla, apud hos quidem quos nominavi, aut inter ipsos dissensio.* De igual suerte se dice en las *Ep. ad Attic.*, 4, 16, 2: *Aristoteles in iis quos exotericos vocat.*

³⁾ Véase J. Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles in ihrem Verhältniss zu seinen übrigen Werken*, Berlín, 1863.

Eudemo; lejos de esto, parecé que debe tomarse esta palabra en un sentido mucho más general, entendiendo por ella no una determinada clase de obras, sino más bien opiniones ajenas, por decirlo así, á la doctrina que se enseñaba en el Liceo ¹⁾).

Enteramente independiente de la cuestión de si aquella frase—á la que no se comprende por qué Andrónico no dió ya este sentido—es ó no justamente aplicable á los escritos de Aristóteles, es el uso que de la misma hicieron escritores posteriores, los cuales la emplearon para marcar el contraste á que Ciceron y Estrabon se refieren. En este sentido, cita Alejandro de Afrodisia obras exotéricas al lado de obras retóricas ²⁾. En otro pasaje, que desgraciadamente sólo conocemos por una cita posterior, se expresa respecto de este mismo punto, de que también había hablado Ciceron, en sentido completamente distinto, á saber: contraponiendo á las obras exotéricas, esto es, dialogadas, las acroamáticas, y observando al propio tiempo, que las últimas eran las únicas que contenían la verdadera opinión de Aristóteles y lo realmente cierto, mientras que las primeras sólo encerraban las opiniones de otros filósofos y lo que indudablemente era falso ³⁾. Es de notar, sobre todo, la dureza con que se expresa Alejandro. Ahora bien: si este era el juicio que en general se tenía de los escritos exotéricos, ¿qué más natural sino que la atención de los aristotélicos se fijase bien pronto sólo en las obras denominadas *acroamáticas*?

No hay para que detenernos aquí en patentizar la relación que existe entre esta última denominación y los discursos doctrinales, ni tampoco en exponer las razones de donde se infiere como verosímil, que el primero que la empleó fué Andrónico. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto, que su uso no está completamente justificado. Aun cuando, como haremos notar más adelante, hay entre las producciones de Aristóteles algunas que fueron sin duda resultado de tales discursos doctrinales—en este punto

¹⁾ Véase la disertación de H. Diels, *Ueber die exoterischen Reden des Aristoteles*, en las *SITZUNGSBERICHTE DER BERLINER AKADEMIE*, 1883, p. 477 y ss.

²⁾ *Comm. in Arist. top.*, p. 261, a, 25: διαλεκτικῶς δὲ πρὸς δόξαν, ὡς ἐν τε ταύτῃ τῇ πραγματείᾳ καὶ ἐν τοῖς ῥητορικοῖς καὶ ἐν τοῖς ἐξωτερικοῖς καὶ γὰρ ἐν ἐκείνοις πλείστα καὶ περὶ τῶν ἠθικῶν καὶ περὶ τῶν φυσικῶν ἐνδόξως λέγεται.

³⁾ David, *In categ.*, p. 24, b, 33: ὁ δὲ Ἀλέξανδρος ἄλλην διαφορὰν λέγει τῶν ἀκροαματικῶν πρὸς τὰ διαλογικά, ὅτι ἐν μὲν τοῖς ἀκροαματικοῖς τὰ δοκοῦντα αὐτῷ λέγει καὶ τὰ ἀληθῆ, ἐν δὲ τοῖς διαλογικοῖς τὰ ἄλλοις δοκοῦντα καὶ τὰ ψευδῆ. Véase Ammon., *In Categ.*, fol. 7, b.

basta por el momento con remitir al lector á una noticia que sobre ello hallamos en el Catálogo ¹⁾—es, sin embargo, evidente, que no puede atribuirse el mismo origen á la mayoría de ellas. Preferible hubiera sido quizá atemperarse también aquí al tecnicismo de la escuela de Aristóteles, teniendo en cuenta, por ejemplo, la diferencia establecida, entre otros, por Eudemo, entre los «discursos exotéricos» y los «filosóficos», *λόγοι κατὰ φιλοσοφίαν* ²⁾).

Pero aunque en ambos casos queda la elección de los vocablos sometida á las censuras de la crítica, no se necesita en modo alguno justificar la diferencia misma que señalan, pues que en el fondo se trata simplemente de establecer un deslinde entre obras que no sólo son completamente distintas por su forma y por su objeto, sino también, como trataremos de demostrar, por la época de su publicación. Este punto tan claro de por sí, ha sido oscurecido por los más peregrinos errores. Con él se relaciona la idea, más tarde muy generalizada, de la existencia de una doble doctrina de Aristóteles, como antes se había hablado de la existencia de una doctrina secreta de Platon. La inexactitud de tamaño aserto, sin embargo, se infiere ya de la carencia de todo testimonio fidedigno sobre este punto. Ni Ciceron, ni Estrabon, ni menos Alejandro de Afrodisia, tuvieron noticia alguna de semejante doctrina secreta. Pero la credulidad de las generaciones posteriores halló la ansiada base de aquella noticia, en las conocidas cartas que se pretende mediaron entre Alejandro y Aristóteles. Al sentimiento manifestado por el primero ante la publicación de doctrinas que habría preferido hubiesen quedado reservadas para la escuela, contesta Aristóteles diciendo que las obras en cuestión están y no están publicadas, dado que sólo los que han sido sus discípulos se hallan en estado de comprenderlas ³⁾).

¹⁾ En Diógenes, 75: πολιτικῆς ἀκροάσεως ὡς ἡ Θεοφράστου, ἐν ocho libros, y en el Anónimo, πολιτικῆς ἀκροάσεως κ'.

²⁾ *Ethic. Eud.*, I, 8, p. 1217, b, 19: εἰ δὲ δεῖ συντόμως εἰπεῖν περὶ αὐτῶν, λέγομεν ὅτι πρῶτον μὲν τὸ εἶναι ἰδέαν μὴ μόνον ἀγαθοῦ ἀλλὰ καὶ ἄλλου ὅπουσιν λέγεται λογικῶς καὶ κενῶς ἐπέσκειται δὲ πολλοῖς περὶ αὐτοῦ τρόποις καὶ ἐν τοῖς ἐξωτερικοῖς λόγοις καὶ ἐν τοῖς κατὰ φιλοσοφίαν. *Ibid.*, p. 1216, b, 35, y *Política*, p. 1282, b, 19; *Física*, p. 191, a, 24; *De part. anim.*, p. 642, a, 5.

³⁾ Hallamos ambas cartas en Plutarco, *Alex.*, c. 7, y Aulo Gelio, *Noct. att.*, 20, 5. El primero observa: εἶσι δ' Ἀλέξανδρος οὐ μόνον τὸν ἠθικὸν καὶ πολιτικὸν παραλαβεῖν λόγον, ἀλλὰ καὶ τῶν ἀπορρήτων καὶ βαρυτέρων διδασκαλιῶν, ἅς οἱ ἄνδρες ἰδίως ἀκροαματικῶς καὶ ἐποπτικῶς προσαγορεύοντες, οὐκ ἐξέφερον εἰς πολλοὺς

Aun cuando se afirme que esta correspondencia se encontraba ya en la obra de Andrónico sobre Aristóteles ¹⁾, no queda en modo alguno resuelta la cuestión de su autenticidad. Ya hemos tenido ocasión de ver, cuán á menudo las relaciones que mediaron entre Aristóteles y Alejandro han servido de pretexto para las más absurdas invenciones ²⁾; pero prescindiendo de esto, la intención que revelan las palabras atribuídas á Aristóteles resultará clara, con sólo ver en ellas la tentativa más ó menos afortunada de señalar de una manera ingeniosa, la dificultad de entender bien algunas de las obras aristotélicas ³⁾. Ahora bien: esta oscuridad precisamente, es la que, por razones fáciles de comprender, se han complacido en hacer resaltar los editores, presentándola como rebuscada é intencional, é invocándola al propio tiempo como prueba del carácter misterioso y, por decirlo así, místico de las obras del filósofo ⁴⁾.

Temeríamos fatigar al lector, si quisiéramos exponer detenidamente cuantos absurdos y quimeras se han propalado respecto de los escritos aristotélicos. No carecen por completo de fundamento algunas distinciones aun hoy admitidas y corrientes, como, por ejemplo, la establecida entre una doctrina esotérica y otra exotérica; con tal de que la diferencia quede reducida, de una parte á la dificultad propia de las cuestiones, y de otra á la manera de exponerlas y desarrollarlas.

μετασχεῖν. Si se para mientes en la corta edad de Alejandro cuando era discípulo de Aristóteles, difícilmente se podrá armonizar el dicho de Plutarco sobre la enseñanza por aquel recibida, con la opinión vertida en la *Ética Nicomaquea*, I, 1, p. 1095, a, 2, donde se dice: διὸ τῆς πολιτικῆς οὐκ ἔστιν οἰκείος ἀκροατῆς ὁ νέος ἄπειρος γὰρ τῶν κατὰ τὸν βίον πράξεων, οἱ λόγοι δ' ἐπὶ τούτων καὶ περὶ τούτων.

¹⁾ Aulo Gelio, *op. cit.*

²⁾ Cap. XLVI, p. 213, 214 y 217 del presente tomo.

³⁾ Agregaremos aquí, que esta correspondencia parece en todo caso autorizar la hipótesis de que el mismo Aristóteles publicó varias de sus obras. De esta suerte se comprende cómo Niebuhr, *Röm. Geschichte*, vol. I, nota 30, ha podido calificar de «probablemente auténtica» la carta de Aristóteles.

⁴⁾ Sobre este particular, basta con remitirse al pasaje p. 319 d, del discurso 24 de Temistio. Al lado de una serie de las más intrincadas locuciones tomadas del culto de los misterios, aparecen otras sacadas evidentemente de las obras citadas ya. En la paráfrasis de las *Segundas Analíticas*, t. I, p. 2 de Spengel, se dice: πολλὰ μὲν οὖν ἔοικε τῶν Ἀριστοτέλους βιβλίων εἰς ἐπίκρυψιν μεμηχανῆσθαι, οὐχ ἥκιστα δὲ τὰ προκειμένα. Según otros, la oscuridad de su dicción debía ser intencionada y con el fin de obligar á los lectores á aguzar el entendimiento y ejercitar la inteligencia.

Después de tan larga digresión, sería hora de que entrásemos á examinar separadamente cada uno de los escritos de Aristóteles, si no fuese antes necesario clasificarlos en determinados grupos. Si por un lado el extraordinario número de sus producciones hace indispensable esta clasificación, por otro, la imposibilidad de determinar, siquiera sea sólo aproximadamente, la época en que vieron la luz la mayoría de ellas, nos obliga á desviarnos del método que hemos seguido al examinar las del fundador de la Academia. En suma, al proceder á esta clasificación, parécenos lo más oportuno atender más bien á la forma que al fondo de cada una de las citadas producciones; pues que en armonía con el objeto general de la presente obra, nuestra misión aquí, es ante todo, trazar un cuadro lo más completo posible de la actividad de Aristóteles como escritor. Y debemos vacilar tanto menos en acudir á este método, cuanto que, como se verá más adelante, en esta clasificación no pueden separarse en absoluto, las obras relacionadas entre sí por el asunto ó por la época á que corresponden.

Bajo este aspecto, nos ofrece el Catálogo la necesaria base. El orden que en él se sigue está fundado, como en la mayoría de los casos análogos, en la diferencia de forma; y aunque se echan de menos los epígrafes de las distintas secciones, que en otras partes hallamos, pueden suplirse con facilidad. Figuran en primer lugar los diálogos, con algunas de las llamadas *parenesis* ú obras que deben incluirse en el género apodíctico; van después los tratados (*συγγράμματα*) que es la clase más numerosa; siguen á éstos, colecciones de problemas ó simples memorias, únicamente relacionadas entre sí por la semejanza del asunto (*ὑπομνήματα*); y por último, las poesías y cartas.

Tan difícil es objetar algo contra la bondad de esta clasificación, como difícil es formarse idea clara del carácter propio de cada obra, á causa de lo compendioso de los títulos. Pero podemos prescindir de ello con tanto más motivo, cuanto que lejos de entrar en nuestro plan el propósito de estudiar más ó menos detenidamente todas las obras en dicho Catálogo citadas, hemos de limitarnos á consignar tan sólo lo que respecto de ellas tenemos por indudable y seguro ¹⁾. Dicho esto, parece lo más oportuno

¹⁾ Bajo este punto de vista, ha de quedar también á un lado la cuestión de cuántas de las obras comprendidas en el Catálogo podían ser auténticas. No es necesario invocar el conocido pasaje de Galeno, *In Hippocr. de nat. hom.*, I, 42,

clasificar las producciones de Aristóteles en los siguientes grupos: *Diálogos y Parenesis, Obras didácticas y Colecciones.*

La identidad de los títulos de algunos diálogos aristotélicos, con los de los compuestos por Platon ó por otros discípulos de Sócrates: el *Político*, el *Sofista*, *Menexeno*, el *Erótico* y el *Banquete*, por ejemplo, demuestran suficientemente que estos coloquios debieron ser escritos en una época en que Aristóteles estaba todavía completamente sometido á la influencia de su maestro. Este hecho se halla además acreditado, por todas aquellas obras respecto de las cuales puede fijarse con alguna seguridad la época en que fueron compuestas. Así, el *Grilo*, intitulado también «Sobre la Retórica», debió ser escrito no mucho tiempo después de la batalla de Mantinea, 362 a. Chr., puesto que era un elogio del hijo de Jenofonte, que murió en este combate. Respecto del *Eudemo*, puede también tenerse por verosímil, que vió la luz poco tiempo después del año 353 a. Chr., en que murió el amigo de Aristóteles combatiendo delante de Siracusa. El ser, pues, éstas, por lo menos en parte, obras de la juventud de su autor, explica, de un lado, la discordancia que se nota entre las ideas en ellas emitidas y las formuladas en escritos posteriores, y de otro, la mayor influencia de las doctrinas platónicas. Este punto se halla, no sólo expresamente consignado ¹⁾, sino confirmado además por el hecho de que, aun en sus diálogos, aparece ya Aristóteles como decidido impugnador de la teoría de las ideas. Sólo de un diálogo ha podido tomarse el dicho que á este propósito de él se cita, á saber: que no podía en manera alguna declararse conforme con la mencionada

t. 15, p. 105, con el cual deben compararse Ammon., *In Ar. categ.*, fol. 9 verso, y David, p. 28, a, 14, para tener por perfectamente verosímil que se han podido deslizar en este punto numerosos errores. Por lo demás, en obras de esta naturaleza, en que se ha atendido más al contenido que á la forma, la idea de la autenticidad debe entenderse siempre en su sentido más amplio. Simples extractos hechos por mano ajena, podían pasar perfectamente por originales de Aristóteles.

¹⁾ En Plutarco, *De virtute morali*, c. 3: ταύταις ἐχρήσατο ταῖς ἀρχαῖς (trátase de las opiniones formuladas por Platon en la *República*, I, I, p. 439 y ss.) πλείστον Ἀριστοτέλης, ὡς δὴλόν ἐστιν ἐξ ὧν ἔγραψεν ὕστερον δὲ τὸ μὲν Συμοειδὲς τῷ ἐπιθυμητικῷ προσέειπε. Es cuestionable si el empleo que Plutarco hace del vocablo ἔγραψεν autoriza la consecuencia de que quiso oponer á las obras escritas la enseñanza oral. En la misma obra, c. 8, dice: ἀλλ' αὐτός τε Ἀριστοτέλης, Δημόκριτός τε καὶ Χρῦσιππος ἔνια τῶν πρόσθεν αὐτοῖς ἀρεσκόντων ἀσφύβως καὶ ἀδίκτως καὶ μετ' ἡδονῆς ἀφείσαν.

teoría, aun cuando su oposición fuera calificada de amor á la contradicción y á la polémica ¹⁾).

Si bajo este punto de vista es ya sensible la pérdida de los diálogos de Aristóteles, es aun más de lamentar por otras razones. ¿Cuán interesante no sería, por ejemplo, un paralelo entre los cuatro libros de que constaba el diálogo *Sobre la Justicia* (περὶ δικαιοσύνης), y la *República* de Platon? Lo mismo puede decirse respecto de los tres libros *Sobre la Filosofía*, que, por error, se habían creído reconocer en la *Metafísica* que hoy se conserva ²⁾, sin embargo de que, á juzgar por lo que de ellos encontramos en otros autores, especialmente en Ciceron, si bien su fondo era análogo al de la *Metafísica*, su carácter era completamente distinto. De igual suerte podría compararse el ya citado *Eudemo*, con el *Fedon*; pues como da á entender su segundo título *Sobre el Alma* (περὶ ψυχῆς), tratábanse en ambos las mismas cuestiones, sobre todo la de la inmortalidad—que parece no volvió á tratar más Aristóteles—en el mismo sentido que lo hizo Platon ³⁾. Además, á juzgar por los fragmentos relativamente escasos que se han conservado, ¡cuán distinto no sería el conocimiento que tendríamos de la poesía griega, si poseyésemos los tres libros *Sobre los poetas!*

Prescindiendo de lo que de los mismos títulos puede inferirse, el conocimiento que de los diálogos de Aristóteles tenemos es sobrado insuficiente é incompleto. Ya hemos tenido ocasión de señalar, fundándonos en un paralelo hecho por Basilio, en qué

¹⁾ Plutarco, *Adv. Colotem*, c. 14: τὰς γε μὴν ἰδέας, περὶ ὧν ἐγκαλεῖ τῷ Πλάτῳ, πανταχοῦ κινῶν ὁ Ἀριστοτέλης καὶ πᾶσαν ἐπάγων ἀπορίαν αὐταῖς ἐν τοῖς ἡθικοῖς ὑπομνήμασιν, ἐν τοῖς φυσικοῖς, διὰ τῶν ἐξωτερικῶν διαλόγων, φιλονεικότερον ἐνίοις ἐδόκει ἢ φιλοσοφώτερον ἐκ τῶν δογμάτων τούτων ὡς προδόμενος τὴν Πλάτωνος ὑπεριδεῖν φιλοσοφίαν ὅστω μακρὰν ἦν τοῦ ἀκολουθεῖν. Joan. Philop., *Contr. Procl. de aetern. mundi*, fol. B, 1 verso, el cual cita un pasaje de una obra de Proclo, ἐπισκεψίς τῶν πρὸς τὸν Πλάτῳ Τιμαῖον ὑπ' Ἀριστοτέλους ἀντειρημένων, donde se enumeran las distintas objeciones formuladas por Aristóteles contra la teoría de las ideas de Platon, y donde, para terminar, se dice: καὶ ἐν τοῖς διαλόγοις σαφέστατα κεκραγὼς μὴ δύνασθαι τῷ δόγματι τούτῳ συμπαθεῖν, κἄν τις αὐτὸν οἴηται διὰ φιλονεικίαν ἀντιλέγειν.

²⁾ La opinión de Krische, *Forschungen auf dem Gebiete der alten Philosophie*, páginas 263 y ss., según la cual los tres libros de la obra *Sobre la Filosofía* eran los libros I, II y 12 de la *Metafísica*, es tan errónea como las anteriores. Prescindiendo de toda otra prueba, debe observarse que Prisciano, en la edición de Plotino hecha por Didot, p. 553, afirma que estaban compuestos en forma dialogada.

³⁾ Véase David, p. 24, b, 21.